

### *No es posible*

No es posible con palabras describir el valor estético, altísimo, de este final, en el cual todos los gestos, miradas, expresiones, detalles, son de una delicadeza purísima. El espectador medianamente sensible se olvida que está frente a una pantalla. Los espectáculos que la película hace pasar ante sus ojos adquieren el carácter de una sinfonía espiritual. Es como si fuera posible componer música con juegos de luces y sombras.

Insisto; las palabras son insuficientes. El cronista sale a la calle y necesita encontrar a alguien para decirle:

—Vale la pena haber nacido. Estas obras bellas justifican la vida.

[*El Mundo*, 24/7/1931]

### EL CINE Y LAS COSTUMBRES

SEÑORA.— Usted, Arlt, ¿va al cine?

YO.— Rarísima vez.

SEÑORA.— ¿Por qué no va?

YO.— Me aburren las cintas de amor.

SEÑORA.— Hace unos días leí una estadística en un diario de la mañana. ¿Sabe cuántos cines hay en este país? Dos mil doscientos cines.

YO.— ¡Diablo! ¿Y trabajan todos?

SEÑORA.— Y todos hacen pasar cintas de amor.

YO.— Efectivamente. Es la gran mercadería.

SEÑORA.— ¿Y sabe por qué es la gran mercadería, utilizando su término? Pues porque las mujeres, en este país, viven en completa disconformidad con el medio



en que actúan.

YO.— Eso es muy posible. Más que posible, seguro.

SEÑORA.— Mire, a mí me agradaría que usted escribiera algo sobre este asunto. Y más todavía, sobre las contradicciones que esto encierra en sí. Fíjese: mientras que un padre y una madre se preocupan por inculcarles ciertos principios a sus hijos (principios en los que ellos posiblemente creen o no creen) permiten que estos principios sean anulados por la cátedra amorosa del cine.

YO.— ¡Había sido observadora, usted!

SEÑORA.— Me he fijado que entre el elemento femenino que concurre al cine, se encuentran muchas señoras y demasiadas chicas. Que a las chicas les interese el amor, es lógico; y el amor con los besos que dan en el cine, más aún; pero que a una señora casada la atraiga el cine, me resulta un poco inexplicable.

YO.— Es que todas las señoras casadas, al tiempo de “tomar estado” se aburren profundamente de la tontería que han hecho.

SEÑORA.— No creo eso. Ahí está su error. La mujer no se aburre del casamiento en sí, lo que la harta y provoca en ella una especie de malestar subterráneo es la monotonía de la vida matrimonial. Decir que el casamiento aburre, es lo mismo que decir que comer

merengues harta. Pero si a usted lo obligan a alimentarse exclusivamente de merengue, es casi seguro que terminará por enfermarse del estómago.

YO.— Es probable.

SEÑORA.— Ocurre algo más. Los hombres, cuando se aburren de su esposa, encuentran un recurso más o menos cómodo: enamorarse de otra. El hombre tiene una especial facilidad para la infidelidad. A las mujeres, piense que son de carne y hueso como ustedes, no nos es tan fácil enamorarnos, pero sí aburrirnos. Y sustituimos el amor... con el cine.

YO.— Y lo notable es esto: ningún marido, son raros al menos, sienten celos de un fantasma de película.

SEÑORA.— Lo llaman chifladura.

YO.— Exactamente eso.

SEÑORA.— Por otra parte, las mujeres son suficientemente prudentes para no pregonar que el tal artista las entusiasma más de lo debido. Algunas, por el contrario, son tan astutas que al artista que prefieren lo llaman “antipático”. Pero yo quería llegar a esto. La disconformidad. Insensiblemente, el cine está creando una atmósfera de disconformidad en las mujeres y en los seres de ambos sexos. El cine siempre representa el éxito, la belleza, la elegancia, el amor, la libertad; el cine, casi siempre, idealiza la vulgaridad (cierto que



de un modo falso) pero, de tal manera, que hoy por hoy, los libros escritos para inquietar a la gente, producen menos resultado que una película. Una película de amor con una dactilógrafa que llega a millonaria, arrebatada por una gran pasión, le amarga más la vida a una mujer, que cien libros de teorías que no leerá jamás.

YO.— ¡Qué dialéctica tiene usted!

SEÑORA.— Regular, no más. Observo, eso es todo. Y lo que observo me preocupa. He conocido muchas señoras casadas muy tranquilas que al cabo de un año de ir al cine, lo miraban al esposo, como diciéndole: “Ramón Novarro fuma con más elegancia que vos”. He conocido chicas que al cabo de un año de ir al cine, cuando se les hacía reflexiones de orden hipocrita-moral, contestaban “ésas son pavadas”.

YO.— ¡Qué bueno!

SEÑORA.— No se ría, que le digo la verdad.

YO.— Le creo, le creo. ¿Y qué deduce en consecuencia?

SEÑORA.— Deduzco que las chicas que nacen hoy, dentro de quince años se van a reír en las barbas de sus padres cuando les vayan con cierta clase de consejos. ¿Qué piensa usted?

YO.— Señora, pienso con toda tristeza que es una

grande pena no haber nacido hoy. Usted tiene razón... pero ¿qué hacemos nosotros con la razón, con la verdad, cuando seamos viejos?

SEÑORA.— Es imposible hacerle dar saltos a la humanidad.

YO.— A veces es imposible, otras veces posible. De cualquier manera, lo que usted ha dicho es interesante. Lo escribiré.

[*El Mundo*, 16/12/1931]